

soldados veteranos y endurecidos; insoportable para bisonos y poco disciplinados. La escasez de víveres fué extrema, viéndose obligados hasta los mismos gefes á mantenerse con mazorcas de maiz y malas frutas. Provenia miseria tanta del mal arreglo en el ramo de hacienda, y de haber contado el general en gefe con ser abastecido por la costa, sin cuidar convenientemente de adoptar otros medios; enseñando la práctica militar, como ya decia Vajecio, „que la penuria, mas veces que la pelea, acaba con un ejército, y que el hambre es mas cruel „que el hierro del enemigo.”

(1 Ap. n. 6.)

Acosado nuestro ejército por tantos males, pensábase que el general Blake no se aventuraria á combatir contra un enemigo mas numeroso, aguerido y bien provisto. Esperanzado sin embargo en que le asistiese favorable estrella, determinó probar la suerte de una batalla delante de Espinosa de los Monteros.

Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre.

Es esta villa muy conocida en España por el privilegio de que gozan sus naturales de hacer de noche la guardia al rey cerca de su cuarto; y cuya concesion, segun cuentan, sube á Don Sancho Garcia conde de Castilla. Está situada en la ribera izquierda del Trueba, y los españoles, colocándose en el camino que viene de Valmaseda, dejaron á su espalda el rio y la villa. En una altura elevada, de difícil acceso y á la siniestra parte, pusieron los asturianos capitaneados por los generales Acevedo, Quiros y Valdes. La 1.<sup>a</sup> division y la reserva

(2 Ap. n. 7.)

con sus respectivos gefes Don Genaro Figueroa y Don Nicolas Mahy, seguian en la línea descendiendo al llano. El general Riquelme y su 3.<sup>a</sup> division ocupó en el valle lo mas abierto del terreno, y la vanguardia, al mando de Don Gabriel de Mendizábal con seis piezas de artillería dirigidas por el capitán Don Antonio Roselló, se colocó en un altozano á la derecha de Espinosa, desde donde se enfilaban las principales avenidas. Por el mismo lado y mas adelante en un espeso bosque y sobre una loma estaba la division del norte que gobernaba el conde de San Roman, quedando no lejos de la artillería y algo detras por su derecha la 2.<sup>a</sup> de Martiengo. La fuerza de los españoles no llegaba á 21,000 combatientes.

A la una de la tarde del 10 empezó á avistarse el enemigo en número de 25,000 hombres mandados por el mariscal Victor. Se habia este juntado con el mariscal Lefebvre en Valmaseda y separándose en la Nava, dirigiéndose el segundo á Villarcayo y siguiendo el primero la huella de Blake con esperanzas ambos de envolverle. Se empuñó la refriega por donde estaban las tropas del norte, embistiendo el bosque el general Paschod. Durante dos horas le defendieron los nuestros con intrepidez; mas cargando el enemigo en mayor número, fué al fin abandonado. La artillería, manejada con acierto por Roselló, dirigió entonces un fuego muy vivo contra el bosque, y caminando por orden de Blake para sostener á San Roman la division de Riquel-

me, se encendió de nuevo la pelea. Cundió por toda la línea, y aun la izquierda de los asturianos avanzó para llamar la atención del enemigo. La derecha no solo se mantenía, sino que volviendo á ganar terreno, estaban las tropas del norte prontas á recuperar el bosque, cuando la obscuridad de la noche impidió la continuacion del combate, glorioso para los españoles, pero con tan poca ventura, que perdieron dos de sus mejores gefes, el conde de San Roman y Don Francisco Riquelme, mortalmente heridos.

Los españoles, si bien alentados con haber infundido respeto al enemigo, ya no podian sobrellevar tanto cansancio y trabajos, careciendo aun de las provisiones mas precisas. Malas frutas habian comido aquellos dias, pero ahora apenas les quedaba tan menguado recurso. Sus heridos yacian abandonados, y si algunos eran recogidos, no podia suministrárseles alivio en medio de sus quejidos y lamentos. En balde se esmeraba el general en gefe; en balde sus oficiales en buscar por Espinosa socorros para su gente. Los vecinos habian huido espantados con la guerra; la tierra de suyo escasa estaba ahora con aquella ausencia mas empobrecida, aumentándose la confusion y el duelo en medio de la lóbreguez de la noche. A su amparo obligó el hambre á muchos soldados á desarrancarse de sus banderas, particularmente á los de la division del norte, que eran los que mas habian padecido.

Al contrario los franceses; bien alimentados, re-

tirados sus heridos y puestos otros en lugar de los que el dia 10 habian combatido, se disponian á pelear en la mañana siguiente. Hubiera el general español obrado con cordura, si atendiendo á las lástimas y apuros de sus soldados hubiese á la callada y por la noche alzado el campo, y buscado del lado de Santander ó del de Reinosa bastimentos, y alivio á los males. Mas lisonjeándose de que el enemigo se retiraria, y queriendo sacar ventaja del esfuerzo con que sus soldados habian lidiado, se inclinó á permanecer inmoble y exponerse á nuevo combate.

No tuvo que aguardar largo tiempo: desde el amanecer le renovaron los franceses. Habian en la víspera notado que en la izquierda de los españoles estaban tropas bisoñas, y tambien que la altura que ocupaban, como mas elevada, era la llave de la posicion. Así se determinaron á empezar por allí el ataque, siendo el general Maison con su brigada quien primero embistió á los asturianos. Resistieron estos con denuedo, y á la voz de sus dignos gefes Acevedo, Quiros y Valdes, conserváronse firmes y serenos, no obstante su inexperiencia. Advirtió el general enemigo el influjo de dichos gefes, y sobre todo que uno de ellos montado en un caballo blanco, corriénd á los puntos mas peligrosos, exhortaba á su tropa con la palabra y el gesto. Sin tardaza (segun nos ha contado años adelante en Paris el mismo general) destacó tiradores diestros, para que apuntando cuidadosamente disparasen contra los

gefes, y en especial contra el del caballo blanco, que era el desgraciado Quiros. La órden causó grave mal á los españoles y decidió la accion. Los tiradores, abrigados de lo irregular y quebrado del terreno, esparcidos en diversos sitios, arcabuceaban, por decirlo así, á nuestros oficiales, sin que recibiesen notable daño del fuego cerrado de nuestras columnas. La poca práctica de la guerra y el escasear de soldados hábiles, impidió usar del mismo medio que empleaban los enemigos. A poco fué traspasado de dos balazos Don Gregorio Quiros, heridos los generales Acevedo y Valdes, con otros gefes, entre los que se contaron los distinguidos oficiales Don Joaquin Escario y Don José Peon. La muerte y heridas de caudillos tan amados sembró profunda afliccion en las filas asturianas, y flaqueando algunos cuerpos, siguióse en todos el mayor desórden. Quiso sostenerlos Blake enviando á Don Gabriel de Mendizábal para que tomase el mando; mas ya era tarde. La dispersion habia comenzado, y los franceses, posesionándose de la altura, perseguian á los asturianos, cuyo mayor número huyendo, se enriscó por las asperezas del valle de Pas.

El centro del ejército español y su derecha, que en la noche se habian agrupado alrededor del altozano donde estaba Roselló con la artillería, tan luego como se dispersó la izquierda, se vieron acometidos por la division francesa de Ruffin. Algun tiempo se mantuvieron nuestros soldados en su pues-

to, aunque inquietos con la huida de los asturianos; pero en breve comenzando unos á ciar y otros á desarreglarse, ordenó el general Blake la retirada, sostenida por la reserva de Don Nicolas Mahy y las seis piezas del capitan Roselló, perdidas luego en el paso del Trueba. Hubiera á los nuestros servido de mucho en aquel trance y en lo demas de la retirada, la corta division con 400 caballos que mandaba el marqués de Malespina, y á los que el general Blake habia ordenado pasar á Villarcayo. Temeroso dicho marqués de ser envuelto por el mariscal Lefebvre que iba del mismo lado, en vez de aproximarse á Espinosa, tomó otro rumbo, y su division se unió despues en diversas partidas á distintos y lejanos ejércitos. La pérdida de los españoles en las acciones de Espinosa fué muy considerable, su dispersion casi completa. La de los franceses cortísima el 11, no dejó la vispera de ser de importancia.

Señaló Don Joaquin Blake para reunion de sus tropas la villa de Reinosa, en donde estaba el parque general de artillería y los almacenes. Llegó el 12 con pocas fuerzas esperando poder rehacerse algun tanto, y dar vida con las provisiones que allí habia á sus hambrientos y desmayados soldados. Pero la activa diligencia del enemigo y las desgracias que se agolparon, no le dejaron vagar ni respiro.

Desde que en 8 de noviembre habia Napoleon entrado en Vitoria, se sentia por do quiera su pre-

sencia. Servíale como de mágico impulso poder inmenso, bélico renombre, imperiosa y presta voluntad. Ya contamos como de Bayona mismo había ordenado al 1.º y 4.º cuerpo perseguir al general Blake. Y ahora poniendo particular conato en enderezar sus pasos á Madrid, cuya toma resonaría en Europa favorablemente á sus miras, arregló para ello y en breve un plan general de ataque. Asegurada que fué su derecha por los mencionados 1.º y 4.º cuerpos, encargó al 3.º del mando del mariscal Moncey, que observase desde Lodosa el ejército del centro y de Aragon, dejando además en Logroño á los generales Lagrange y Colbert, del 6.º cuerpo, cuya principal fuerza, capitaneada por su mariscal Ney, debía caminar á Aranda de Duero. Tomó el mando del 2.º cuerpo el mariscal Soult, y su anterior gefe Bessieres fué encargado de gobernar la caballería. Ambos con Napoleon al frente de la guardia imperial y la reserva, siguieron el camino real de Madrid dirigiéndose á Burgos.

Accion de  
Burgos, 10 de  
noviembre.

En esta ciudad habia comenzado á entrar el ejército de Extremadura, compuesto de unos 18,000 hombres distribuidos en tres divisiones, y á su frente el conde de Belveder, mozo inexperto, nombrado por la junta central para reemplazar á Don José Galluzo. La 1.ª division estaba allí desde el 7 de noviembre: se le juntó la 2.ª en la tarde del 9, quedando todavía atras y hácia Lerma la 3.ª. Así que solo se contaban dentro de la ciudad y cercanías 12,000 hombres, de ellos 1200 de caballería. Fiado

Belveder en algunas favorables y leves escaramuzas, vivia tranquilo y de modo que á los oficiales de la 2.ª division que á su llegada fueron á cumplimentarle, recomendóles el descanso, bastándole por entónces, segun dijo, las fuerzas de la 1.ª division para rechazar á los franceses caso que le atacasen. Tan ignorante estaba de la superioridad del enemigo, y tan olvidado de la endeble organizacion de sus tropas.

Serian las seis de la mañana del 10, cuando el general Lasalle con la caballería francesa llegó á Villafria, tres cuartos de legua de Gamonal, á donde se habia adelantado la 1.ª division de Belveder, mandada por Don José María de Alós. Los franceses como no tenian consigo infantería, retrocedieron para aguardarla á Ruvena, con lo que alentados los nuestros resolvieron empeñar una accion. Lasalle rehecho, forzó á los que le seguian á replegarse otra vez á Gamonal, á cuyo punto habia ya acudido lo demás del ejército español. La derecha de este ocupaba un bosque del lado del rio Arlanzon, y la izquierda las tápias de una huerta ó jardin, cubriendo el frente algunos cuerpos con diez y seis piezas de artillería. Las tropas mas bisoñas se pusieron detras de las mejor enregimentadas, como lo eran un batallon de guardias españolas, algunas compañías de walonas, el 2.º de Mallorca y granaderos provinciales.

Fué pues aproximándose el ejército enemigo; y extendiéndose por nuestra derecha el general Lasa-

lle, se colocó en un llano situado entre el bosque y el río, al paso que la infantería veterana del general Mouton intrépidamente acometió dicho bosque guarnecido por la derecha española, la cual creyéndose envuelta por Lasalle, comenzó en breve á cesar, no obstante el vivo fuego que desde el frente hacian nuestros cañones. La caballería guiada por Don Juan Henestrosa, hombre valiente, pero mas devoto que entendido militar, trató de dar una carga á la enemiga. Henestrosa, que en realidad mandaba tambien en jefe, invocando á los santos del cielo y con tanta bravura como imprudencia, arremetió contra los ginetes franceses, quienes fácilmente le repelieron y desbarataron. Entónces fueron del todo deshechos los del bosque; y la izquierda, aunque no atacada de cerca, comenzó á huir y desbandarse. La pelea duró poco, y vencidos y vencedores entraron mezclados en Burgos.

El mariscal Bessieres, tirando por la orilla del río con la caballería pesada, acuchilló á los soldados fugitivos y cogió varios cañones, habiéndose perdido catorce, y ademas otros que quedaron en el parque. La pérdida de los españoles fué considerable, aunque mayor la dispersion y el desórden; teniendo que arrepentirse, y dolorosamente, el general Belveder, de haberse empeñado con ligereza en accion tan desventajosa. Entregaron los vencedores al pillage la ciudad de Burgos, apoderándose de 2000 sacas de lana fina pertenecientes á ricos ganaderos. Llegó el mismo dia el conde de Belve-

der á Lerma con muchos dispersos, en donde se encontró con la 3.<sup>a</sup> division de Extremadura, ausente de la batalla. Perseguido por los enemigos, pasó á Aranda de Duero, y no seguro todavía allí, prosiguió hasta Segovia, en cuya ciudad fué relevado del mando por la junta central que nombró para sucederle á Don José de Heredia.

El mariscal Soult, con la natural presteza de su nacion, enviando del lado de Lerma una columna que persiguiese á los españoles, y otra camino de Palencia y Valladolid, salió en persona el mismo 10 hácia Reinosa, con intento de interceptar á Blake en su retirada. Inútilmente habia este confiado en dar en aquella villa descanso á sus tropas, pues noticioso de que por Villarcayo se acercaba el mariscal Lefebvre, ya habia el 13 movido su artillería con direccion á Leon por Aguilar de Campo. Iban con ella enfermos y heridos huyendo de un peligro sin pensar en el otro no ménos terrible con que tropezaron. Caminaban cuando se les anunció la aparicion por su frente de tropas francesas: la artillería precipitando su marcha y usando de adecuados medios, pudo salvarse; mas de los heridos los hubo que fueron víctima del furor enemigo. En su número se contó al general Acevedo. Encontráronle cazadores franceses del regimiento del coronel Tascher, y sin miramiento á su estado, ni á su grado, ni á las sentidas súplicas de su ayudante D. Rafael del Riego, traspasáronle á estocadas. Riego,

Revuele  
Soult  
contra  
Blake.

el mismo que fué despues tan conocido y desgraciado, quedó en aquel lance prisionero.

Blake, acosado y temiendo no solo á los que le habian vencido en Espinosa, sino tambien á los mariscales Lefebvre y Soult, que cada uno por su lado venian sobre él; no pudiendo ya ir á Leon por tierra de Castilla, salió de Reinosa en la noche del 13, y se enriscó por montañas y abismos, enderezándose al valle de Cabuérniga. Llegó allí á su colmo la necesidad y miseria. El ánimo de Blake andaba del todo contristado y abatido, mayormente teniendo que entregar á nuevo gefe de un dia á otro y en tan mal estado las pobres reliquias de su ejército, lo cual le era de gran pesadumbre. La central habia nombrado general en gefe del ejército de la izquierda al marqués de la Romana. Noticioso Blake en Zornoza del sucesor, no por eso dejó de continuar el plan de campaña comenzado. Una indisposicion, según parece, detuvo á Romana en el camino, no uniéndose al ejército sino en Renedo, cuando estaba en completa derrota y dispersion. En tal aprieto parecióle ser mas conveniente dejar á Blake el cuidado de la marcha, ordenándole que se recogiese por la Liébana á Leon, en cuya ciudad y ribera derecha del Ezla debia hacer alto y aguardarle.

Diversas direcciones de los mariscales franceses.

De su lado los mariscales franceses, ahuyentado Blake, tomaron diversos rumbos. El mariscal Lefebvre con el cuarto cuerpo, despues de descansar algunos dias, se encaminó por Carrion de los Con-

des á Valladolid. El primer cuerpo del mando de Victor juntóse en Burgos con Napoleon, marchando Soult con el segundo á Santander; de cuyo puerto hecho dueño, y dejando para guarnecerle la division de Bonnet, persiguió por la costa los dispersos y tropas asturianas que se retiraban á su país natal. Tuvo en San Vicente de la Barquera un choque con 4000 de ellos, al mando de Don Nicolas de Llano Ponte: los deshizo y dispersó; y yendo por la Liébana en busca de Blake franqueando las angosturas de la Montaña, y despejándola de soldados españoles, desembocó rápidamente en las llanuras de tierra de Campos.

Napoleon al propio tiempo y despues de lo jornada de Gamonal, habia sentado su cuartel general en Burgos. Los vecinos habian huido de la ciudad; y soledad y silencio no interrumpido sino por la algazara del soldado vencedor, fué el recibimiento que ofreció al emperador de los franceses la antigua capital de Castilla. Mas él poco cuidadoso del modo de pensar de los habitantes, revistadas las tropas y tomadas otras providencias, dió el 12 de noviembre un decreto, en el que concedia en nombre suyo y de su hermano *perdon general y plena y entera amnistia* á todos los españoles que en el espacio de un mes, despues de su entrada en Madrid, depusieran las armas y renunciassen á toda alianza y comunicacion con los ingleses, incluso los generales y las juntas. Eran exceptuados de aquel beneficio los duques del Infantado, de Híjar, de Medina,

Entrada en Burgos de Napoleon.

Su decreto de 12 de noviembre.

celi. de Osuna, el marques de Santa Cruz del Viso, los condes de Fernan-Núñez y de Altamira, el príncipe de Castelfranco, Don Pedro Cevallos y el obispo de Santander, á quienes se declaraba enemigos de España y Francia, y traidores á ambas coronas; mandando que, aprendidas sus personas, fuesen entregados á una comision militar, pasados por las armas, y confiscados todos sus bienes, muebles y y raices que tuviesen en España y reinos extrangeros. Si bien admira la proscripcion de unos individuos cuyo mayor número, si no todos, habia pasado á Francia por engaño ó mal de su grado, y prestado allí un juramento que llevaba visos de forzado, crece el asombro al ver en la isla al obispo de Santander, que nunca habia reconocido al gobierno intruso, ni rendido obediencia á José ni á su dinastía. Es tambien de notar que este decreto de Napoleon fué el primero de proscripcion que se dió entonces en España, no habiendo todavia las juntas de provincia ni la central, ofrecido semejante ejemplo, aunque estuvieran, como autoridades populares, mas expuestas á ser arrastradas por las pasiones que dominaban. Siguieron despues los gobiernos de España el camino abierto por Napoleon: camino largo, y que solo tiene término en el cansancio, en las muchas víctimas, ó en el recíproco temor de los partidos.

En Burgos dudó algun tiempo el emperador de los franceses si revolveria contra Castaños, ó si prosiguiendo por la anchurosa Castilla iria al en-

cuentro del ejército ingles, que presumia se adelantaba á Valladolid. Mas luego supo que aquel no daba indicio de moverse de los contornos de Salamanca. Habia allí venido desde Lisboa al mando de Sir Juan Moore, sucesor del general Dalrymple, llamado á Lóndres, segun vimos, á dar cuenta de su conducta por la convencion de Cintra. El gobierno ingles, aunque lentamente, habia decidido que 30,000 infantes y 5000 caballos de su ejército obrarian en el norte de España; para lo cual se desembarcarian de Inglaterra 10,000 hombres, sacándose los otros de los que habia en Portugal, en donde solo se dejaba una division. Conforme á lo determinado, y en cumplimiento de orden que se le comunicó en 26 de octubre, salió de Lisboa el general Moore, y marchando con la principal fuerza sobre Almeida y Ciudad-Rodrigo, llegó á Salamanca el 13 de noviembre. La mayor parte de la artilleria y caballeria, con 3000 infantes á las órdenes de Sir Juan Hope, la envió por la izquierda de Tajo á Badajoz, á causa de la mayor comodidad de los caminos, debiendo despues pasar á unírsele á Castilla. De Inglaterra habia arribado á la Coruña el 13 de octubre Sir David Baird con los 10,000 hombres indicados; mas aquella junta, insistiendo en no querer su ayuda, impidió que desembarcasen bajo el pretexto de que necesitaba la venia de la central. Con tal ocurrencia, otros motivos que se alegaron, y la destruccion de una parte de los ejércitos españoles, no solo retardaron los ingleses su marcha, sino que

tambien apareció que tenían escasa voluntad de internarse en Castilla.

Napoleon, penetrando pues su pensamiento, hizo correr la tierra llana por 8000 caballos, así para tener en respeto al ingles, como para aterrar á los habitantes, y resolvió destruir al ejército español del centro ántes de avanzar á Madrid.

Ejército del  
centro.

No era dado á dicho ejército ni por su calidad ni por su fuerza, competir con las aguerridas y numerosas tropas del enemigo. Sus filas solamente se habian reforzado con una parte de la 1.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> division de Andalucía y algunos reclutas, empeorándose su situacion con interiores desavenencias. Porque censurado su gefe Don Francisco Javier Castaños de lento y sobradamente circunspecto, los que no eran parciales suyos, y aun los que anhelaban por mayor diligencia, sin atender á las dificultades procuraron y consiguieron que se enviasen á su lado personas que le moviesen y aguijasen.

Don Francisco de Palafox, enviado por la central.

Recayó la elección en Don Francisco de Palafox, hermano del capitán general de Aragon, é individuo de la junta central, autorizado con poderes extensos, y á quien acompañaban el marqués de Coupigny y el conde del Montijo. Siendo el Palafox hombre estimable, pero de poco valer; Coupigny, extrangero y mal avenido desde Bailen con Castaños; y el del Montijo, mas inclinado á meter cizaña que á concertar ánimos, claro era que con los comisionados, en vez de alcanzarse el objeto deseado, solo se aumentarían tropiezos y embarazos.

Diversos  
planes.

Todos juntos y en 5 de noviembre, agregándose los otros generales y Don José Palafox que vino de Zaragoza, celebraron consejo de guerra, en el que se acordó, no muy á gusto de Castaños, atacar al enemigo, á pesar de lo desprovisto y no muy bien ordenado del ejército español. Disputas y nuevos altercados dilataron la ejecución, hasta que del todo se suspendió con las noticias infaustas que empezaron á recibirse del lado de Blake. Proyectáronse otros planes sin resulta, y agriados muchos contra Castaños, alcanzaron que la junta central diese el mando de su ejército al marqués de la Romana, á quien ántes se habia conferido el de la izquierda. Y en ello se ve cuán á ciegas y atribulada andaba entónces la autoridad suprema, no pudiéndose llevar á efecto su resolución por la lejanía en que estaba el marqués, y la priesa que se dió el enemigo á acometer y dispersar nuestros ejércitos.

En esto corrió el tiempo hasta el 19 de noviembre en que por los movimientos de los franceses sospechó el general Castaños ser peligrosa y crítica su situacion. No se engañaba. El mariscal Lannes, duque de Montebello, á quien una caída de caballo habia detenido en Vitoria, ya restablecido se adelantaba, encargado por Napoleon de capitanear en gefe las tropas de los generales Lagrange y Colbert, del sexto cuerpo, en union con las del tercero, del mando del mariscal Moncey, á las que debia agregarse la division del general Maurice Mathieu, recién llegado de Francia, y componiendo en todo

30,000 hombres de infantería, 5000 de caballería y 60 cañones. Se juntaron estas fuerzas desde el 20 al 22 en Lodosa y sus carcanías. Con su movimiento habia de darse la mano otro del cuerpo de Ney, que constaba de mas de 20,000 hombres, cuyo gefe, destrozado que fué el ejército de Extremadura, avanzaba desde Aranda de Duero y el Burgo de Osma á Soria, donde entró el 21. De esta manera trataban los franceses, no solo de impedir al ejército del centro su retirada hácia Madrid, sino tambien de sorprenderle por su flanco y envolverle.

Replégase  
Castaños.

Don Francisco Javier Castaños conservó hasta el 19 su cuartel general en Cintruénigo, y la posición de Calahorra que habia tomado después de las desgracias de Lerin y Logroño. Juzgó entónces prudente replegarse y ocupar una línea desde Tarazona á Tudela, extendiéndose por las márgenes del Queiles, y apoyando su derecha en el Ebro. Sus fuerzas, si se unian con las de Aragón, escasamente ascendian á 41,000 hombres, entre ellos 3700 de caballería. De las últimas estaba la mayor parte en Caparrosso, y rehusaban incorporarse sin expresa orden del general Palafox. Felizmente llegó este á Tudela el 22, y con anuencia suya se aproximaron, celebrándose por la noche en dicha ciudad un consejo de guerra. Los Palafoxes opinaron por defender á Aragón, sosteniendo que de ello pendia la seguridad de España. Con mejor acuerdo discurria Castaños en querer arrimarse á las provincias marítimas y meridionales, de cuantiosos recursos; no

cifrándose la defensa del reino en la de una parte suya interior, y por tanto mas difícil de ser socorrida. Nada estaba resuelto, segun acontece en tales consejos, cuando temprano en la mañana hubo aviso de que se descubrian los enemigos del lado de Alfaro.

Apresuradamente tomáronse algunas disposiciones para recibirlos. Don Juan O-neil que con los aragoneses acampaba desde la víspera al otro lado de Tudela, empezó en la madrugada á pasar el puente, ignorándose hasta ahora por qué dejó aquella operacion para tan tarde. Aunque sus batallones tenian obstruidas las calles de la ciudad, poco á poco las evacuaron y se colocaron fuera ordenadamente. Estaba tambien allí la quinta division regida por Don Pedro Roca, y compuesta de valencianos y murcianos. Se colocó esta en las inmediaciones y altura de Santa Bárbara, situada en frente de Tudela yendo á Alfaro. Por la misma parte, y siguiendo la orilla de Ebro, se extendieron algunos aragoneses; pero el mayor número de estos tiró á la izquierda y hácia el espacioso llano de olivos, que termina en el arranque de colinas que ovan á Cascante. Ambas fuerzas reunidas constaban de 20,000 hombres. En el pueblo que acabamos de nombrar estaba ademas la cuarta division de Andalucía con su gefe la Peña, y en Tarazona la segunda del mando de Grimarest con la parte que habia de la primera y tercera. De suerte que la totalidad del ejército se derramaba por el espacio de

Batalla de  
Tudela, 23 de  
noviembre.